

PRESENTACIÓN DE LIBROS DE LA COLECCIÓN PAPIROS

JUAN CARLOS ESCOTET

13 de noviembre de 2007

Estamos aquí reunidos para celebrar la maravilla de nombrar al mundo y a los hombres. Para invocar el ámbito sagrado de la creación. Para hablar de géneros literarios y, acto seguido, referirnos a la ensayística, a la poesía y a la narrativa. Estamos aquí para pronunciar con respeto y admiración los nombres de Antonieta Madrid y Luisana Itriago; de Rafael Cadenas, Pausides González, Héctor Torres y Diego Rojas.

Estamos aquí reunidos para celebrar la maravilla de nombrar al mundo y a los hombres. Para invocar el ámbito sagrado de la creación. Para hablar de géneros literarios y, acto seguido, referirnos a la ensayística, a la poesía y a la narrativa. Estamos aquí para pronunciar con respeto y admiración los nombres de Antonieta Madrid y Luisana Itriago; de Rafael Cadenas, Pausides González, Héctor Torres y Diego Rojas.

¿Qué significa entonces este encuentro donde son tantas y de variopinto talante, las razones que nos invitan a compartir el buen ánimo que se siente en esta sala? Me permito sugerir una respuesta: significa que, contrariando a los sombríos augurios que recorren los cielos con su canto funerario, el libro sigue siendo una fuente que magnetiza y dispensa de revitalizadoras energías al mundo. El libro, los libros, no cejan ni pierden el nervio y el valor que su naturaleza les confiere. De su entereza y condición imprescindible, especialmente en tiempos tan complejos como los que vivimos, estos de la Colección Papiros son férreo y elocuente testimonio.

Y es justo porque los nuestros han sido y serán tiempos dominados por la abrumadora presencia de lo incierto, que al reconocido valor que tiene la voluntad creadora en cualquier tiempo y lugar, debemos sumar ahora el mérito de los que se publican cuando las fuerzas que actúan en la sociedad parecen estar siempre en campaña para arrastrarnos fuera de nosotros mismos, para exponernos a la intemperie agobiante de lo público, como si la vida y el espíritu no tuviesen otra residencia que la calle, pero no cualquier calle, sino una que es deliberadamente ruidosa, amenazante e incomprensible.

Lo que maravilla de los libros, es lo que ellos son capaces de ofrecer a la comprensión de los lectores. Y es aquí donde las apelaciones a lo que proviene

de una tradición y a lo que trae la apariencia de lo nuevo, a lo que permanece y se renueva, son relevantes y luminosas. Que están dotados de un silencioso poder, es algo que sabemos por la capacidad demostrada que tienen de regresarnos a nosotros mismos, al punto donde no somos más que solitarios espíritus a la búsqueda de respuestas sobre el funcionamiento del mundo.

No nos damos cuenta. No sabemos cuál será nuestro destino al momento de comenzar a leer un libro. A menudo, el autor y su libro actúan de modo lateral o avieso, ambos imperceptibles. Pero ocurre que vamos leyendo, pasamos las páginas con morosidad o apremio, nos detenemos en aquellos momentos en que se nos presentan como pequeños e intransferibles dramas, nos entregamos a una relación con la lengua con la que nos habla, que puede ser de seducción, de lucha o frontal confrontación, pero pasa que, por razones que a menudo escapan de nuestra conciencia, no podemos despegarnos.

Estamos abandonados a una fuerza que nos conmueve y nos atrapa, de la que no podemos despegarnos, como si un pedazo de uno se hubiese desplazado hacia otra parte, y de repente apareciese como parte de un libro de ideas o de ficción, como testimonio o escritura poética, que un desconocido ha escrito en otra parte y en otro momento, pero que tiene algo de uno y de otros seres próximos, algo del mundo que uno conoce pero también de la vastedad de lo que no conoce, pero que una energía indescifrable y posiblemente irrenunciable, esa que tienen los libros, nos dice que sí, nos convence de que nuestra intuición guarda una secreta correspondencia con lo que el libro ofrece a nuestra conciencia y a nuestra memoria.

Lo que personalmente me maravilla del hecho creador, es el modo en que revuelve y reordena la habitación común en la que vivimos. El misterioso poder que tienen los escritores radica en mostrarnos las ventanas y las grietas, los paisajes y las penumbras, las luces y las esquinas que hacen más pródigas nuestras vidas. La literatura hace que mucho de la vida aparezca siempre como un territorio a ser explorado. Hay páginas que cumplen con el asombro de ser radicalmente privadas y terriblemente comunes, a un mismo tiempo.

Hay quien ha escrito que las finanzas son una disciplina del descarte, cuya habilidad consiste en proceder hasta encontrar esa delicada fórmula en la que conviven el riesgo y las expectativas. Expongo este descriptor de índole conceptual a vuestro criterio, porque él, pronunciado en tales términos, no me parece ajeno a la sustancia del hecho literario.

El acto creador, cuando ocurre estimulado por un verdadero anhelo de libertad, es la reivindicación de una peculiar e invaluable forma de ciudadanía. Tienen los

escritores la potestad de pensar y elegir las palabras, es decir, la misión de fundar una lengua que recomponga, que arroje una nueva perspectiva a esa habitación común en la que vivimos los hombres y las mujeres del mundo.

La economía del descarte guarda una profunda empatía con la economía de la lengua que rige el oficio y los insomnios de los escritores. Eludir las tentaciones, los caminos trillados y sin resonancia; adoptar algún nivel de riesgo; escoger una manera personalísima de construir y reconstruir el mundo, de eso trata lo que es reconfortante, admirable, mágico e irrenunciable en la literatura y sus géneros.

Al ser que ha escogido; al que guarda en su memoria el temblor de la duda y de la decisión; al que ha entrevisto la posibilidad de más de un camino, pero ha escogido uno, porque el mismo se imponía a su sensibilidad; al que ha tendido su mano hacia una forma de riesgo con todas sus consecuencias humanas y literarias; a esa forma de ciudadanía es que Banesco ofrenda su palabra de respeto y homenaje.

Simultánea a las funciones que cumple este edificio como corazón de una red productiva extendida por todo el país, Ciudad Banesco ha querido ser también un espacio para que las distintas formas de ciudadanía se encuentren, se reconozcan entre sí, y se proyecten unas a otras, porque el de ahora es un momento donde nada es más necesario que el vínculo y el tejido de redes entre los que creen que el mejor destino humano se fundamenta en la capacidad de los seres para elegir, como cada uno de ustedes, en el silencio de su taller, ha sacado palabra a palabra del mar de la lengua, para construir su peculiar y precioso idioma.

Activistas que han entregado sus vidas a la causa de los otros y de sus necesidades; músicos consagrados a crear, interpretar y reinterpretar ese maravilloso misterio de la sensibilidad humana que es la música; hombres y mujeres que han fundado instituciones benévolas, duraderas y sólidas; jóvenes de insospechado talento que aparecen dotados de un brillo y una luz que anuncia un país mejor; pintores, escultores, periodistas, arqueólogos, humanistas de lo diverso y lo inusitado; editores y escritores como ustedes; gente rigurosa, buenos ciudadanos: este espacio, como tantos otros en nuestra Venezuela de hoy, quiere serlo de la esperanza fundamentada y cierta. Ciudad Banesco lo es, sobre todo, porque cree en la diversidad de las formas de ciudadanía.

Por lo tanto, para cerrar, quiero decir que es corta, me atrevo a insistir que insuficiente usar a esta hora la proyección que tiene la palabra privilegio, si con ella pretendo describir la honra, la íntima alegría, la satisfacción gustosa y optimista que siento por tener la oportunidad de expresarles nuestra más amplia

acogida. Quiero decirlo de una vez, y ojalá que el paso del tiempo no haga líquida en vuestras memorias, lo que son sentimientos firmes y de alta consideración hacia la República de las Letras: ensayistas, poetas y narradores, amigos escritores, esta es su casa, las puertas de Banesco están siempre abiertas para ustedes.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.